

Socialistas y republicanos



Los republicanos españoles de buena fe y limpia conciencia — y nunca ha habido en España más republicanos que ahora los hay — tienen puesta la mirada en los socialistas, que también son republicanos. Que son hoy los mejores republicanos, acaso, de entre los organizados.

Recientemente un periodista republicano, creemos que de los de buena fe, llamaba «cerrazón» a la actitud de «El Socialista», que se negaba a prestarse a colaboraciones con el llamado caudillo de la Democracia Republicana, fantasmón escénico que jamás se ha conducido de una manera clara. Y «El Socialista», contestando a eso, escribe:

«Nosotros no hemos dicho que no hay opinión republicana, sino que hemos coincidido con Lerroux en que no hay figuras en ese partido, agregando nosotros que las que aun subsisten no nos merecen confianza, salvo excepciones muy honrosas.

Republicanos, en las Cortes, fuera de ellas, hoy, mañana, nosotros, los socialistas españoles. ¿Está claro? Pero Lerroux, Emiliano Iglesias, Soriano y tantos otros, no.

Levantar muertos jugando a la Constitución, a la Libertad, al bloque de las izquierdas, no.

La clase trabajadora que actúa en política tiene unas líneas claras trazadas.

No ha traicionado jamás a la democracia. No ha claudicado. No ha transigido en nada. Si la República no está implantada no es culpa de los socialistas, sino de los jefes — no de la masa — de los partidos republicanos.»

Lo que está bien claro.

Hace poco se publicaba una carta de Lerroux en que exponía por qué no cree posible, o mejor, conveniente, formar un frente con otros caudillos y ex caudillos republicanos, y en esa carta se dirigían ataques muy transparentes contra alguno de ellos. Pues por las mismas o análogas razones por las que el caudillo de la ex Democracia Republicana se niega a formar frente — o espalda — con alguno de los otros caudillos, por esas mismas o por otras análogas razones se niegan los socialistas a formar con él.

Recuerdo cuando se me metió en una candidatura de diputados a Cortes por Madrid, hecha por la entonces recién formada Democracia Republicana, y cómo dije en público que éstos, los que se llamaban radicales, debieron haberse entendido con socialistas y reformistas, y recuerdo cómo el bueno de Salillas se extendió en consideraciones sobre el número de puestos que habría correspondido a unos y otros. Todo ello era electorería de comité y empeño de que fuese el caudillo

el árbitro del reparto. Pero bien claro se vio que eran otros los que tenían más fuerza.

En las últimas elecciones a Cortes, los socialistas obtuvieron una gran mayoría sobre los radicales en Madrid, y la obtuvieron por haberse pronunciado de una manera clara, neta, decisiva y sin distingos ni reservas en lo que hace al problema de Marruecos. Y en este respecto no podían competir con ellos los radicales, que, faltos de opinión colectiva propia y pendientes de la definición dogmática de su caudillo, se encontraban con que éste opinaba de otro modo contrario respecto a ese problema. O más bien, no opinaba.

Lerroux, o ha esperado el poder — si es que lo ha esperado y no mejor, se ha aprovechado de él — de conductos peligrosos para la libertad, o ha jugado a esperarlo.

El republicano a que «El Socialista» contesta, escribía:

«¿Qué equivocación tan grande la de los obreros organizados! Para todo encuentran un motivo de disculpa menos para lo que ellos creen errores del republicanismo.»

Pero no, no es eso; no se trata de errores del republicanismo; se trata de algo peor que errores de sus caudillos de ocasión. Que si alguna vez se han puesto en trato con elementos obreros ha sido con los más turbios, con los más ambiguos, con los que pareciendo más exaltados y más radicales son, sin embargo, los enemigos de la libertad, con los obreros antiliberales y antidemocráticos.

Ni se engaña a nadie con pasillos teatrales, casi cómicos, como el de acudir a los poderes públicos a pedir el indulto de Mateu y Nicolau, y acudir en persona — un pretexto para personarse — cuando se sabe que el indulto está ya concedido.

Los socialistas de buena fe, como saben que hay intereses de pequeña burguesía y que hay pequeños burgueses convencidos, aunque sea equivocadamente, de que el método socialista les perjudica, y que entre esos pequeños burgueses hay muchos liberales, hondamente liberales, partidarios de un régimen de cauce libre, de libre lucha, de libre concurrencia, lamentan que estos liberales no socialistas no se organicen en republicanismo. Saben muy bien que lo que se llama la lucha de clases — sea ello lo que fuere, que algo y muy real es — se desarrolla mucho mejor, más libremente, más humanamente, más legalmente, con una república, aunque sea de capitalistas, que no en una monarquía, aunque ésta pretenda establecer lo que se llama socialismo de Estado.

¿E Inglaterra? — se nos dirá. — Pero Inglaterra es una monarquía — una aparente monarquía — perfectamente constitucional, donde no corre esa monserga de la cosoberanía, donde la gracia de Dios se deja para el mundo íntimamente religioso.

Al republicanismo en España le estorban los republicanos del antiguo régimen. Y aquí sí que es verdad esto de antiguo.

Miguel de UNAMUNO.

